

aguas potables". El día 10 de abril de 1907, se abrió La Equidad..." (7).

No he acertado a encontrar la fecha de inauguración de la Estación de Ferrocarril, y si fue un 10 o no. El Ferrocarril y la Estación son importantísimos, vitales, para la vida de Alcázar. "*¿Qué paso se dará en Alcázar, —se pregunta don Rafael— en el que no se tropiece con la Estación?*". Gracias al Ferrocarril —como aprendí desde muy pequeño— Alcázar ya no fue Alcázar, sino un segundo Madrid. Aquellos versos populares, probablemente anónimos, tienen el sabor y el color desvaído, tan atractivo, de las viejas fotografías que vemos en los cuadernos de Mazuecos. Pero, en cambio, fotografías del aspecto antiguo de la Estación, como él nos hace notar, cuesta mucho trabajo encontrarlas. Hay que saber guardar y conservar lo que merezca ser conservado. Es la codicia, la desidia, el egoísmo insolidario, precisamente, el que no sabe ser conservador...

El ferrocarril, nos recuerda el cronista—historiador, en sus "apuntes médico-topográficos", nos ha permitido mantener abierto el pueblo, convertido ya en ciudad. Estar en contacto con los políticos que pasaban. Así, la parada que hizo aquí la serenísima señora princesa de Asturias el 5 de abril de 1877 aceleró el otorgamiento del título de ciudad, que, debido al interés y diligencia de la alta dama, se produjo dentro del mismo año.

"*La vida de Alcázar* —leemos en el cuaderno de mayo de 1956— *ofrece tantos matices ferroviarios, atrayentes para el cronista, que no se acabaría nunca de puntualizar la recíproca influencia que han tenido entre sí la Estación y el pueblo*". Y nos recuerda, por ejemplo, la manera ferroviaria de dar la hora. Si te preguntaban decías: "las 21,45 o las 14,50". Y si te dabas cuenta aclarabas: "Nos vemos a las 20,30... a las ocho y media" (8).

¿Qué conclusiones saca el doctor Mazuecos, después de alcanzar tan gran conocimiento de Alcázar?: "*Alcázar* —se contesta y nos contesta— (...) *es especial y difícil de comprender. Nunca se está seguro de haber desentrañado el fondo de su alma*" (9). Y esto lo dice él, probablemente porque le conoce mucho y muy bien. Sólo un conocimiento, profundo de una persona te hace dudar de que la conozcas. Entonces es cuando ves lo hondo que es el pozo. Lo conocido se te hace desconocido, los perfiles se borran. Una de las mayores sorpresas de mi vida —dice el gran poeta César Vallejo en uno de sus poemas en prosa— fue cuando sorprendí a mi padre de perfil.

Pero Mazuecos se refiere también a la evolución de Alcázar como uno de los orígenes de esa dificultad de comprensión. "*Alcázar no es Alcázar. Sigue su evolución*". Y aquí es donde me voy a permitir disentir del maestro. Porque creo, modestamente, que Alcázar sigue siendo, en un nivel profundo, el mismo Alcázar, como es el mismo el río, según nos hace ver Heráclito, aunque el agua sea siempre distinta. Y disiento también, cariñosamente, si afirmo que el doctor Rafael Mazuecos ha sabido seguir y conocer como pocos, quizá como nadie, esa evolución de Alcázar, aunque él no sepa que lo sabe, que sí lo debe saber. Rafael Mazuecos es nuestra memoria viva, y sus cuadernos son el testimonio, lo que nos puede legar de un conocimiento muy hondo, que en parte debe ser intransmisible, porque está compuesto de sensación,